VIERNES SANTO

Madre María Eugenia, 21 de marzo [1845]

Cuánto quisiera en un día, donde ellas han meditado los dolores de Jesucristo y dónde él les ha hablado, a través de todas las ceremonias de la Iglesia y por su silencio en la tumba, donde ellas le han adorado día y noche; quisiera recordarles tres cosas: una que todas somos culpables de la muerte de Jesucristo y que en un capítulo de reparación, en donde venimos a pedir perdón a Dios y a nuestras hermanas de todo lo que ha estado mal en nuestra conducta, que no haya sentimiento tan bajo, tan humillante que pueda sernos suficiente. ¡Desgraciadas de nosotras si nuestras faltas nos parecen ligeras! No han podido ser lavadas más que por la sangre de Cristo; y las almas que aman han estado siempre rotas bajo el peso de las suyas.

¡Ah! Si san Pedro estuviera entre nosotros, cómo piensan que se acusaría en ese día donde él había hecho sufrir tanto a Jesucristo. Y nosotros sin embargo no ha sido ante la muerte, ni ante el peligro, donde hemos renegado a Jesucristo, sino ante las mínimas cobardías de nuestra naturaleza. ¿Cuándo hemos resistido hasta la sangre, "adversus peccatum repugnantes?"[1]

Pero admitamos que nuestras faltas sean ligeras, la segunda cosa que les diría es la tristeza íntima, la herida penetrante que debió ser para Jesucristo en la Cruz, la vista de las cobardías de los suyos, de sus olvidos, de sus frialdades, de sus ofensas tan negligentes, tan llenas de ingratitud y de ligereza.

La tercera cosa es que Jesucristo, habiendo muerto por la justicia, lo que nos pide no es tanto lágrimas sino que cambiemos de vida.

Humillación, dolor, resoluciones fuertes y fidelidad generosa, tales deben ser los frutos de este capítulo.

[1] En nuestra lucha contra el pecado. Hb.12, 4